

CANTO XXX.

Nuevas locuras de Orlando. — Continúan las contiendas de los caudillos sarracenos. — Muerte de Mandricardo. — Hipalca entrega á Bradamante la carta de Roger. — Encélese Bradamante de Marfisa. — Llegada de Reinaldo al palacio de Montalban, del cual no tarda en marcharse en compañía de sus hermanos y de otros guerreros.

Cuando el furor nos mueve ó nos inspira,
 Cuando de la razon no somos amos,
 No es raro que ofendamos
 A aquel, tal vez, que por nosotros mira.
 En vano entonces el corazon suspira,
 En vano así me aflijo yo de cuanto
 Dije irritado al fin del otro canto.

Cual enfermo infelice
 Que, hostigado por bárbara dolencia,
 Pierde al fin la paciencia
 Y su existencia mísera maldice,
 Si aliviado se siente,
 Volviendo en sí se duele y se arrepiente;
 Así me duele, ¡oh damas! y me aflige
 Lo que enojado en vuestra mengua dije.

De vuestra gran bondad, esto no obstante,
 Espero, oh damas, un perdon que imploro;
 Excusadme, si pude en un momento
 De cólera cubriros de desdoro.
 La culpa dad á aquella ingrata bella,
 Cuyo rigor sin esperanza lloro.
 ¡Dios sabe cual la adoro,
 Y el galardón que hasta hoy obtuve de ella!

No ménos digno debo ser de excusa,
 Pues loco estoy, que el insensato Orlando,
 Que, por llanos y montes caminando,
 Del privilegio de estar loco abusa.
 Un día y otro día

De Angélica arrastrando
 Tras de sí la infeliz cabalgadura,
 Por el suelo español sus pasos guía
 De un hondo río á la ancha embocadura.

Allí deja la yegua, y audaz entra
 En la corriente, que atraviesa á nado.
 Al tocar tierra, en la otra orilla encuentra
 Sobre un corcel un rústico montado
 Que á dar agua conduce su ganado.
 A Orlando ve llegar; mas no retira
 Su ganado el pastor, que no le inspira
 Temor un hombre á pié, solo y desnudo.
 « Quiero, » le dice Orlando en tono rudo,
 « Por mi alfana trocar ese caballo.
 « Si verla quieres, mírala; cuitada,
 « Sobre la opuesta orilla abandonada,
 « Muerta yace, y es lástima. No le hallo
 « Otro defecto á fe; mas, si te agrada,
 « Tú la puedes curar. Vamos; de vuelta
 « ¿Qué me darás por tu rocín? Si quieres,
 « Propon; pero llevártelo no esperes. »

El rústico sonríe y hácia el vado
 Sin contestar dirige su ganado.

« ¡Qué! ¿no me escuchas? ¡hola! »
 Dice Orlando, y tras él corre furioso.
 Robusta estaca el rústico enarbola
 Y hiere al paladin. De su coraje
 El fiero conde en impetu instantáneo,
 De un solo golpe le deshace el cráneo.
 Sin vida en tierra al rústico allí deja;
 Monta á caballo, y, por distintas vías
 Discurriendo, se aleja,
 Sin dar en muchos días
 Reposo ni cebada

A su cabalgadura fatigada.

Piérdeia á poco; mas « porque ella muera
 « ¿Habré de andar yo siempre á pié? » se dice;
 ¡Oh! tiemble el infelice

Que él á caballo encuentre en su carrera.
 A Málaga por fin llegando, el sello
 A sus locuras puso,
 Su territorio bello
 Talando de manera,
 Que apénas en dos años
 Reparar pudo sus inmensos daños.
 Desde allí se dirige hácia otra villa,
 Que Algeciras se llama, en el estrecho
 De Gibraltar sentada. De la orilla
 Advierte á corto trecho
 Una nave cargada
 De alegre gente que, entre broma y gresca,
 Por la mar sosegada
 Respiraban del alba el aura fresca.

En alta voz el conde : « Aguarda , aguarda , »
 Grita al patron de la lijera nave,
 Que, rápida cual ave,
 En engolfarse en alta mar no tarda.
 Furioso Orlando su corcel empuja,
 Con un baston le hostiga,
 Y á lanzarse en la mar al fin le obliga.

Roldan le obliga á que en las ondas entre,
 Y, no obstante su terca resistencia.
 Del bruto la rodilla

El agua moja ya, y el pecho, el vientre
 Inunda luego, y sube hasta la silla;
 La cabeza por fin ver solo deja.

Entre una y otra oreja
 Hiriéndole, en su ciego paroxismo,
 Que vuelva atras el príncipe le veda.
 ¡Miseró! otro recurso no le queda
 Que morir de la mar en el abismo,
 Como nadar hasta África no pueda.

Ni la orilla, ni el bote, ni la gente
 Ve el conde ya. Su cólera imprudente
 No da tregua al corcel, que, sofocado,
 Falto de fuerza al fin, y de agua lleno,

Del mar no tarda en descender al seno,
 Y tal vez arrastrado
 Viérase hasta las húmedas cavernas
 El conde, si con presto movimiento
 No agitara los brazos y las piernas.
 Por dicha suya el viento,
 Manso soplando por el mar tranquilo,
 Hizo que entre sus olas
 No hallara el paladin su último asilo.

En frente de las costas españolas,
 Y de Ceuta á dos tiros de ballesta,
 Tierra toma; de allí, con planta presta.
 Durante todo el día y los siguientes
 Recorre el litoral hasta que llega
 Al sitio donde su pendon despliega
 Negro escuadron de innumerables gentes.

Mas dejemos á Orlando,
 Del cual á hablaros voy dentro de poco.

Lo que á Angélica, cuando
 Del furor de este loco
 Libre se vió, le avino,
 Y como luego, de remoto clima
 Salva llegando á la region opima,
 A su caro Medoro dió su cetro,
 Otro cante quizás con mejor metro.

Yo, de tantos asuntos tan diversos
 Precisado á ocuparme, en este instante
 Al tártaro arrogante
 Tengo otra vez que dirigir mis versos.

Muerto Zerbino, el hijo de Agricano
 Dueño se mira, ufano,
 De la belleza que en la Europa entera
 No conoce rival, desde que al cielo
 Subió Isabel, y que de Francia el suelo
 Dejó del kan la célebre heredera.

De la sentencia que á la dama bella
 Pone en su mano, disfrutar empero
 No puede á gusto el tártaro guerrero

Mientras esté pendiente su querella.
 Roger, por una parte,
 Ser del águila entiende único dueño;
 Por otra el Sericano igual empeño
 Muestra en su pretension por Durandarte.
 Vano es que el rey Marsilio y Agramante
 Por aplacar su enojo se fatiguen;
 No solo no consiguen
 Hacer la paz, sino que ni un instante
 La batalla pendiente
 Ninguno de ellos diferir consiente.
 Roger no quiere que en la lid Gradaso
 Con el escudo de Héctor se presente,
 Si no lidia con él. El Sericano
 Se opone á que Roger vibre su espada
 Contra el hijo soberbio de Agricano.
 « Tanto hablar, » dice el rey, « me desagrada;
 « A la suerte dejemos que decida
 « Quien primero, y con quien, sus armas mida.
 « Y si darme quereis placer completo
 « Que de mi gratitud dignos os haga,
 « De esa querella aciaga
 « Reunid en uno solo el doble objeto.
 « Contra el rey Mandricardo uno combata,
 « Y, ya sucumba ó venza,
 « Gane para los dos gloria ó vergüenza.
 « Entre Roger y el rey Gradaso creo
 « Que es poca, si hay alguna diferencia;
 « Cualquiera de los dos en el torneo
 « Hará ver de sus armas la excelencia.
 « Quien de esta lucha, pues, gane el trofeo
 « Decida la divina Providencia,
 « Y el que vencido quede en el ataque
 « A la fortuna su desgracia achaque. »
 Sin replicar una palabra, escucha
 Esta sentencia cada cual; y en breve
 Al hado dejan decidir cual debe
 Por los dos sostener solo la lucha.

Los nombres de Roger y de Gradaso,
 En dos billetes de igual forma escritos,
 Con giros infinitos
 Vueltos son y revueltos en un vaso.
 Cándida mano en él un niño mete;
 Roger en el billete
 Su nombre viendo, llénase de gozo,
 Mientras, ciego de cólera y rebozo,
 A este fallo Gradaso se somete.

Desde este instante toda su fatiga,
 Su estudio todo, el Sericano emplea
 Porque Roger consiga
 Palma que en vano obtener él desea.
 De su larga experiencia los consejos
 Le da; muéstrale cómo, ora de lejos,
 Ora de cerca, ora de punta ó tajo,
 Ora amagando arriba é hiriendo abajo,
 Ataque, se defienda,
 Y logre al fin el triunfo en la contienda.

El resto de aquel día,
 Cual es usanza en casos semejantes,
 Pasan en dar consejos sus amigos
 A los dos valerosos contrincantes.
 Por ver esta batalla
 Acude en tanto el pueblo hácia la valla,
 Y tanto es el ardor con que lo anhelan,
 Que muchos dellos hasta el alba velan.

La insana turba, que placer no siente
 Sino cuando la vista en sangre ceba,
 Muestra su ansia impaciente
 De que vengan los héroes á la prueba.
 Mas Sobrino y Marsilio, que no ignoran
 El bien y el mal que resultar ha della,
 Reprueban la querella
 Y de Agramante la bondad deploran.

Uno y otro recuérdanle el perjuicio
 Que debe resultar de este combate,
 Ora se muestre el tártaro propicio,

Ora Roger á Mandricardo mate.
Del uno ú otro vale mas la espada
Que diez mil de la turba allí apiñada,
Entre toda la cual apenas un hombre
Hay que merezca de valiente el nombre.

Al monarca hacen fuerza estas razones,
Mas retractar no puede su promesa,
Y á los dos campeones
Suplica que renuncien á su empresa,
Que una causa tan leve
Mover armas tan inclitas no debe.

Si renunciar no quieren al combate,
Ruégales que difieranlo á lo ménos
Durante algunos meses, hasta tanto
Que, de su reino huyendo con espanto,
Carlos deje á los jefes sarracenos
Su corona imperial, su regio manto.

Bien que á su rey no obedecer les duele,
Cada cual de ellos inflexible queda,
Que al uno y otro impele
Honor á ser el último que acceda.

Mas que el rey, que Sobrino, que Marsilio,
Y que cuantos en vano
De apaciguarlos tratan, á su auxilio
Llamando el llanto, el ruego, esfuerzos hace
La hija bella del rey Estordilano,
Y, corriendo hácia el hijo de Agricano,
Ruégale no rechace
De tan altos monarcas la plegaria,
Y le reprocha que cruel se place
En prolongar su situacion precaria.

« ¡Triste de mí! ¡ningun remedio veo,»
Dice, « contra el dolor que me avasalla.
« Que, acabada esta lid, otro deseo
« Te hará de nuevo revestir la malla.
« Mi alma tuvo un instante de recreo
« Al ver el fin de la primer batalla;
« Mas, terminada, ¡oh Dios! apenas esta,

« Emprendes otra, acaso mas funesta.
« En vano yo me holgaba con la idea
« De que un gran rey, un paladin tan fuerte
« Por mí quisiese en singular pelea
« Buscar el triunfo, y arrostrar la muerte.
« Hoy al ver que por minima que sea
« La causa, á riesgo igual basta á exponerte,
« Advierto que es ferocidad aleve,
« No amor por mí, lo que tus armas mueve.
« Si de este amor tan grande es el exceso
« Cual tanta y tanta vez me lo dijiste,
« Por el que en pago de él yo te profeso
« Con tierno llanto y con acento triste
« Te ruego des á la piedad acceso.
« ¿Porqué esa enseña en conquistar insiste
« Tu afan? ¿Te causa algun placer ó daño
« Verla en tu escudo ó en broquel extraño?
« Grave peligro sin ventaja alguna
« Vas á correr en tan feroz combate,
« Y un héroe perderá la media luna
« Ora muera Roger, ora te mate.
« Si á mis clamores sorda la fortuna
« Deja á Roger que el triunfo te arrebate,
« ¿Cuál mi suerte será? Piénsolo apenas,
« Y ya la sangre estáncase en mis venas.
« Si de pintado pájaro prefieres
« La vana imágen á tu propia vida,
« Piensa que mi dolor pondrá, si mueres,
« A mi existencia término en seguida.
« A gozar de tu afecto los placeres
« O á morir á tu lado decidida,
« De aquesa lid maldeciré el motivo
« Si á tu muerte un instante sobrevivo.»
Así en la queja, el llanto y el reproche,
Pasa con su amador toda la noche.
Por inmenso pesar, que en vano esconde,
Agitado él tambien, de la princesa
Los bellos ojos, las mejillas besa,

Y, en lágrimas bañado, le responde.

« No así, mi caro bien, no así te afanes
 « Por cosa de tan mínima importancia.
 « Todos los paladines musulmanes,
 « Unidos al rey Cárlos y de Francia
 « A los mas aguerridos capitanes,
 « Hacer ceder no pueden mi constancia;
 « Y tu temor de que Roger me venza,
 « Me duele, me confunde y me avergüenza.
 « Bien te debieras recordar con gozo
 « Que solo, sin broquel ni cimitarra,
 « Asiendo un día de una lanza un trozo
 « De cristianos rompi hueste bizarra.
 « Bien que lleno de envidia y de rebozo,
 « El Sericano á quien le escucha narra
 « Que en Siria le venci, y á fe que el paso
 « Roger cede en esfuerzo al rey Gradaso.
 « Tampoco él negará, ni Sacripante,
 « Ni Grifon, ni Aquilante, ni Isolerto,
 « Ni otros mil, que debieronme de Atlante
 « El encantado alcázar ver abierto,
 « Que á un mismo tiempo á Cárlos y á Agramante
 « Di mas de un jefe, reputado muerto.
 « Todos ellos recuerdan todavía
 « Las pruebas de valor que hice aquel día.
 « Todos ellos recuerdan esta hazaña
 « Mas digna de renombre y maravilla
 « Que si solo venciera á toda España
 « Y á las gentes que Cárlos acaudilla.
 « ¿Qué podrá contra fuerza tan extraña
 « Un mozuelo sin bozo en la mejilla?
 « Cuando mis armas y mi espada mire,
 « No dudaré que de pavor espire.
 « ¡ Ah! ¿porqué no me fué dado hasta agora
 « Emprender con las armas tu conquista?
 « Al verme combatir, fuera hoy, señora,
 « Por tí la suerte de Roger prevista.
 « Cese por Dios el llanto que te azora

« Y el agüero fatal que me contrista;
 « Piensa que solo por mi honor combato,
 « No por ganar de un águila el retrato.»
 Así dice él: la dama inquieta y triste
 De nuevo á su propósito resiste
 Con palabras que, puestas en su boca,
 Movieran no á un mortal, mas á una roca.
 A ellas cediendo el tártaro, resuelve
 A su dama escuchar y contentalla
 Si á hablar de treguas Agramante vuelve.
 Sumiso así á la voz de su señora
 Tal vez cesar hiciera la batalla,
 Si de la bella aurora
 Al asomar el esplendente carro
 No llegara á la valla,
 Tocando el cuerno, su rival bizarro.
 Este sonido, que á la lid le llama,
 Del tártaro resuena hasta en el pecho
 Y le hace que, del lecho
 Saltando, se arme sin tardar. La dama
 Lo ve, se duele y gime; mas el gesto
 Feroz del moro replicar le veda,
 Y triste va, sin que estorbarlo pueda,
 A presenciar combate tan funesto.
 Apénas aguardando
 Que su cota le abroche un escudero,
 En el corcel que fué del conde Orlando
 Monta, y parte lijero
 El tártaro hácia el sitio donde aguarda
 La turba siempre ansiosa de combates,
 Y á do, en medio de reyes y magnates,
 En llegar el rey de África no tarda.
 Súbito son de bélica trompeta
 Llena á mil de pavor. Cada guerrero
 Su lanza enristra, el yelmo se sujeta,
 Empuja su corcel, y con tal furia,
 Sobre el contrario cierra,
 Que hace temblar los cielos y la tierra.

Del águila de Jove en cada escudo
El dibujo se ve reproducido,
Cual en Tesalia alguna vez se vido,
Bien que con pluma siempre diferente.

Cuanto del uno y otro combatiente
Es el poder, lo muestran las entenas
Con que se hieren, sin moverse apénas.
Rotas, empero, viéronse muy luego,
Y el buen Turpin veraz nos garantiza
Que mas de un trozo á la region del fuego
Subió, y al suelo vino hecho ceniza.

Rotas las lanzas, el acero sacan
Ambos, y en la cimera,
A un mismo tiempo, con furor se atacan.
Hiérense sobre el yelmo; y, de la guerra
A la ley siempre fieles,
Golpe alguno no dan que pueda en tierra
Heridos derribar á sus corceles.
Quien piense que esto entre ellos era un pacto
La antigua usanza ignora, y yo le digo
Que oprobio y mengua siguió siempre al acto
De dar muerte al corcel de su enemigo.

Pararse el duro choque á entrambos hizo,
Mas sin romper su sólida celada.
Acércanse los héroes; cada espada
Golpes descarga espesos cual granizo
Que, arrancando los cáñamos y espigas,
Del misero labriego
Las esperanzas frustra y las fatigas.

Bien que de Durandarte y Balisarda
Es inmenso el poder, la lid un juego
Parece; tal es la actitud gallarda
Con que cada cual de ellos se resguarda:
Mas el tártaro luego
Sobre Roger descarga
Un golpe que, rompiéndole la adarga,
Penetra en la juntura de su cota
Y va hasta el pecho. Estremecido, nota

El fiero golpe cada circunstante,
Y por Roger se duele; pues es cierto
Que pocos hay que ver en este instante
A Mandricardo no quisieran muerto.

Yo creo que algun ángel se interpuso
Para salvar al paladin gallardo;
Furioso aqueste, un golpe á Mandricardo
Tan presto da y tan recio que le excuso
Si no lo dió de lleno,
En cuyo caso vano
Fuera el broquel y el yelmo del Troyano.
Tan espantoso empero fué, que el freno
Al tártaro arrancando de la mano,
En libertad á Bridadoro puso,
Al cual ya conoceis, y el cual, confuso
De haber perdido á su señor, el llano
Tres veces recorriendo, á punto estuvo
De arrojar otras tantas
A su odiado raptor bajo sus plantas.

No muestra mas furor ni mas coraje
Sierpe pisada, ni leon herido,
Como muestra el altivo abencerraje
Luego que ha recobrado su sentido.
Con su soberbia su valor se aumenta;
Y, á Bridadoro haciendo dar un salto,
Furioso avanza, con la espada en alto;
Derecho en los estribos se presenta
Delante de Roger, en cuyo almete,
Creyendo hendirlo, con su espada apunta.
Mas diligente que él, Roger no aguarda
A que el golpe descargue; le acomete,
Y de su espada con la aguda punta
Ábrele una ancha brecha
Debajo á la clavícula derecha.

Con Balisarda, sale de la herida
Roja y caliente sangre, que gran parte
Atenuando el furor de Durandarte
Al valiente Roger salvó la vida.

De su corcel sobre la grupa, empero,
Le dobló á su pesar, y terminada
Fuera la lucha por reves tan fiero,
A no ser de tal temple su celada.

En sí vuelve Roger; y sin tardanza
Por el diestro costado
Sobre el rey Mandricardo se abalanza.
Contra el hierro, á propósito encantado
Con este solo objeto, nada valen
La cota ni el broquel mejor templado.
De Balisarda á la virtud suprema
Cede el broquel del tártaro arrogante,
Que en su furor blasfema,
Y ruge con estruendo
Al de agitadas olas semejante.

Por Roger en el flanco
De nuevo herido, su broquel arroja,
Do del pájaro blanco
Brilla la enseña; y, lleno de congoja
Y de rabia, ambas manos á su acero
Lleva haciendo un esfuerzo postrimero.

« Basta, » dice Roger, « basta, bien noto
« Que no merece tan gloriosa enseña
« Quien así la desdeña,
« Porque en su brazo su broquel vió roto. »
Así diciendo, en su broquel recibe
Un nuevo golpe, á cuya furia extraña
No sé por qué milagro sobrevive.
Hendiendo su visera,

Sobre el arnes resbala Durandarte;
Del arzon, como cera,
La doble chapa con estruendo parte,
Y sobre el muslo de Roger descarga
Un tajo de que fué la cura larga.

Del uno y otro paladin la malla
Doble raudal de sangre ya amancilla,
Y, lleno de terror y maravilla,
Duda el pueblo del fin de la batalla.

Mas las dudas Roger quita bien presto.
Con su acero, que á tantos fué funesto,
De punta á su rival da golpe crudo
En el brazo privado del escudo.

Por el izquierdo lado, atravesando
La loriga al rey, entra
La espada de Roger, hasta que paso,
Para llegar al corazon, encuentra.

En vista, pues, de tan fatal fracaso
Fuerza es que Mandricardo, no tan solo
Por siempre su derecho
A la espada y al águila abandone,
Sino al vivir, que, en medio á su despecho,
Sin duda á estos objetos antepone.

Bien que el golpe primero
De su vigor gran parte le sustrajo,
Sin venganza no quiso
Dejar la vida el tártaro guerrero.
En el momento en que Roger el tajo
Le da mortal, su espada aquel agita
Con furia tan atroz, que, bien que grueso,
El férreo cerco hendió de la celada,
El almete cortó, la piel, el hueso:
Y del guerrero fuerte
Profundizó en el cráneo una pulgada.
Al suelo, con las ansias de la muerte,
Viene Roger y un mar de sangre vierte.

Viendo á Roger en tierra,
Viendo en pie á Mandricardo,
Que con la muerte largo rato lucha,
Gente encontróse, y mucha,
Que en su favor la guerra
Terminada creyó. Del pueblo iluso
Dividiendo el engaño Doralice,
Al cielo gracias da, y á Dios bendice,
Que fin tan grato á la batalla puso.

Mas luego que por signos manifiestos
Conocen la verdad los circunstantes.

Los que lloraban ántes
 Palpitan llenos de placer agora,
 Mientra en otros semblantes
 Se pinta una afliccion aterradora.

El rey, toda su corte, sin demora
 Corren hácia Roger, que, no sin pena
 Se puso en pié; le abrazan, le agasajan,
 Le dan la mas cordial enhorabuena.

Solo en Gradaso lidia
 En este instante el labio con la mente,
 Que miéntras gozo muestra, internamente
 Se consume de cólera y de envidia,
 Maldiciendo el destino ó el acaso
 Que el nombre de Roger sacó del vaso.

¿Narraré la benévola acogida,
 Las caricias sinceras
 Que hace su rey al jóven, cuya vida
 En tal peligro ve? Saber os baste
 Que al viento sus banderas
 Dar no quiso Agramante, ni las plantas
 Del África mover, mientras á su lado
 No tuvo al héroe á quien de gentes tantas
 Reputa el mas valiente y esforzado,
 Y á quien hoy, muerto el tártaro guerrero,
 Estima el mas audaz del orbe entero.

En no ménos que aqueste
 Aprécianlo las damas y doncellas
 Que, de África y de España entre la hueste,
 Vieron de Francia las regiones bellas.
 La misma Doralice,
 Que con húmedos ojos considera
 El cadáver del tártaro infelice,
 Se alistara tal vez á esta bandera
 Si á ello un justo rubor no se opusiera.

Digo tal vez; pues, cauto, no me atrevo
 A asegurarlo, bien que fácil fuese
 Que su afecto rindiese
 Al valor y á la gracia del mancebo

La que sabemos ya, cual, de lo nuevo
 Siempre amiga, un instante
 Vivir no pudo sin cambiar de amante.

Vivo, en amor ardió por Mandricardo;
 Mas ¿qué hacer puede ante un cadáver yerto?
 Tomar otro que al muerto
 Pueda suplir con ánimo gallardo.

No anduvo en llegar tardo
 El médico mas docto de la corte,
 Que, examinando de Roger la herida,
 Afirma que responde de su vida.

Agramante á su tienda
 Manda que sin tardar se le transporte,
 Y que allí, ante sus ojos, se le atienda,
 Pues no quiere, de noche ni de dia,
 Un instante dejar su compañía.

Sobre el lecho con arte
 Los despojos del tártaro el rey cuelga,
 Excepto Durandarte,
 Que al Sericano en entregar se huelga.
 A Roger con el resto
 De las armas del tártaro confia
 El hermoso corcel, don de valía,
 Que, en su furor funesto,
 Perdió Roldan. Mas basta por ahora
 Del buen Roger. A retornar me apresto
 Hácia la dama que le aguarda y llora.

De la virgen de Amon contar intento
 La inquietud amorosa y el tormento.
 A Montalban Hipalca retornando,
 Narró cuanto le avino
 Por causa de Frontino
 El dia en que topó con Rodomonte.
 De Roger luego hablando
 Dijo por qué incidente,
 Con Ricardeto, al borde de una fuente,
 Le halló, y á los guerreros de Agromonte.
 Luego refiere cual, en compañía

De Roger, va á buscar al argelino
 Ansiosa de vengar la felonía
 Que comelió quitándole á Frontino,
 Y cual despues, cambiando de camino,
 Cambió de plan; la causa, en fin, le cuenta
 Porque Roger á Montalban no vino.

Una tras otra, expone cada excusa
 Que para no venir Roger alega,
 Y la carta le entrega
 Que él para ella le dió. Con faz confusa
 Toma esta carta Bradamante, y lee
 Mil cosas gratas; mas su dicha inmensa
 Se turba, cuando piensa
 Que á Roger en su escrito no posee.

En vez de ver á aquel á quien adora,
 Viendo solo un papel, suspira y llora
 De temor, de quebranto y de despecho.
 Diez veces, y otras diez la carta besa,
 Y si de amor deshecho
 No ve su corazon, es porque el llanto
 Que de verter no cesa
 Consumió de este incendio la pavesa.

La carta lee ansiosa
 Seis veces, y á la amable mensajera
 Otras tantas acosa
 Porque lo sucedido le refiera.
 Vivo y copioso llanto
 Todo este tiempo sus mejillas moja,
 Y eterno su quebranto,
 Y elerna fuera su mortal congoja,
 Si de ver á su amado sin tardanza
 No viniera á alentarla la esperanza.

Un término de quince ó veinte dias
 Fija Roger, y á Hípalca afirma y jura
 Volver á Montalban en este plazo.
 « Mas ¡ah! ¿quién me asegura, »
 Exclama Bradamante, « que embarazo
 « No encontrará que de llegar le impida,

« La libertad quitándole ó la vida?
 « ¡Oh mi caro Roger! ¿quién, quién creyera
 « Que de quien tanto te ama así te alejes
 « Por seguir la bandera
 « De un rey á quien es tiempo ya que dejes?
 « ¿Porqué, obcecado, al dar premio ó castigo
 « Del que te es fiel te olvidas, y proteges
 « Al que llamar debieras tu enemigo?
 « Mientras que á manos de Troyano (ignoro
 « Si lo sabes, mas sábenlo las peñas)
 « Tu padre pereció, tú las enseñas
 « Del hijo sigues, y del bando moro
 « El esplendor sostienes y el decoro.
 « ¡Qué! ¿no vengas Roger este atentado?
 « ¿Y del que lo ha vengado
 « Así morir á un descendiente dejas,
 « Sin piedad de su llanto y de sus quejas? »

A su ausente Roger así no cesa
 De decir, suspirando, Bradamante.
 Hípalca, á cada instante
 Recordando del héroe la promesa,
 A la virgen conforta
 Y á aguardar hasta el término la exhorta.
 Unida á sus consejos la esperanza,
 Último bien que el corazon conserva,
 A mitigar alcanza
 De la virgen, en fin, la cuita acerba.
 En Montalban, resuelta
 A demorar, aguarda
 De su Roger la suspirada vuelta.

No es culpa suya, empero, si retarda
 Este instante el guerrero,
 A quien obliga ora una, ora otra causa,
 A hacer á su pesar mas de una pausa.
 Despues de la batalla que sostuvo
 Con el tártaro, en cama
 Un mes, á pique de morir, estuvo.
 La enamorada dama

Todo aquel día le aguardó, y en vano;
 Las noticias que obtuvo
 De Hipalca al pronto, y luego de su hermano
 (Que le contó como salvado había
 Con él á un tiempo á Mangis y á Viviano),
 Bien que gratas, encierran sin embargo,
 En medio del placer, un dejo amargo.

De Marfisa el esfuerzo y gallardía
 Ponderaron Hipalca y Ricardeto,
 Y al escuchar que, solo, en compañía
 De ella, camina su adorado objeto,
 Siente la hija de Amon pesar secreto,
 Y atroz sospecha en su ánimo se eleva.
 « Si tan bella esa dama, »
 Dice, « es cual todo el mundo lo proclama,
 « ¿Quién, pues vive él con ella, quién me prueba
 « Que nuevo amor á mi Roger no inflama? »

A dar crédito, empero, no se atreve
 A tan fatal sospecha, y todo el día
 En que salir de incertidumbres debe,
 Lucha entre la inquietud y la alegría.

Mientras que, fija en Montalban, aguarda
 Ver venir á Roger, llega al castillo
 Una mañana el ínclito caudillo
 Que, en edad el tercero,
 En gloria y dignidad es el primero
 De la estirpe de Amon. Un solo paje
 Viene con él. La causa de su viaje
 Es que, á Paris de Brava retornando,
 El buen Reinaldo (que cual dije, corre,
 Por todo Francia á Angélica buscando),
 Encuentra un caballero que le anuncia
 La suerte que, en poder del de Maguncia,
 En breve á Mangis y á Viviano aguarda.

En partir pues no tarda
 Hacia Agromonte. Allí, sabiendo que estos
 Por Roger y Marfisa fueron puestos
 Ya en libertad; oyendo que castigo

Recibió de este crimen su enemigo,
 Y que Mangis, Viviano y todos ellos,
 A Roger saludando y á Marfisa,
 Juntos se van á Montalban, por vellos
 Y abrazallos camina á toda prisa.

Allí llegando, abraza enternecido
 A su madre, á sus hijos, á su esposa,
 A sus primos y hermanos, semejante
 A golondrina que retorna al nido
 Y á cada hijuelo hambriento
 Reparte con su pico el alimento.

Un día ó dos el paladin gallardo
 En Montalban se queda, y luego parte
 Con su hermano mayor, llamado Ugarte,
 Y con Ricardo, Ricardeto, Alardo,
 Viviano y Mangis. A su caro amante
 Solicita aguardando Bradamante,
 A partir se rehusa,
 Que enferma está alegando por excusa.

Y era así la verdad; que enferma gime,
 Mas no de fiebre ó corporal dolencia,
 Sino de una pasión, cuya violencia
 Su faz altera y su razón oprime.

De Montalban Reinaldo, como dije,
 Parte pues con su gente, y se dirige
 Hacia Paris. Como allí llega, y cuanto
 Auxilio á Carlos da dirá otro canto.